UAEMéx



GEOVANI
DE LA ROSA

Manifiesto
de gente correosa

PREMIO
INTERNACIONAL DE POESÍA
GILBERTO OWEN
ESTRADA

Geovani de la Rosa

Nació en Pinotepa Nacional, Costa Chica de Guerrero y Oaxaca (1986). Es escritor, periodista y politólogo. Afrocosteño del Pacífico sur mexicano y acapulqueño por elección.

Su obra explora la historia, modos de existencia e imaginarios de Acapulco y la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca, así como la presencia afrodescendiente, sus hablas y sus historias invisibilizadas por los relatos nacionales. Incorpora ritmos de la oralidad costeña para indagar la relación entre cuerpo, territorio, memoria, identidad y experiencia socioemocional.

Tiene publicados los libros de poesía: *Las noches de nuestros cuerpos* (Letras de Pasto Verde, 2010), *Babélico* (Praxis, 2012), *La ejecución de Gary Gilmore* (Diablura, 2017), *Érase una vez la fiesta* (Cisnegro, 2023), *Trópico* (Editorial Cultura, 2025) y *Donde trotan las suburban* (Ediciones Cetus, 2026).

Ha sido merecedor de los siguientes reconocimientos: la beca Jóvenes Creadores del Fonca en poesía (2012), el XIII Premio Guerrerense de Poesía "María Luisa Ocampo" (2011), el III Premio Guerrerense de Cuento Joven (2014), el VI Premio Nacional de Cuento Acapulco en su Tinta (2016), el XVIII Premio Mesoamericano de Poesía "Luis Cardoza y Aragón" (2024), los XLII Juegos Florales Nacionales de la Plata (2024) y el III Premio Nacional de Poesía Periódico Poético (2025).



Imagen en portada:
Vendedor de cocos, de BaiCk Nava (2026).

Manifiesto
de gente correosa

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES
UNIVERSITARIAS
**Editorial de la Universidad Autónoma
del Estado de México**

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Rectora

Doctora en Estudios Latinoamericanos
Cynthia Ortega Salgado
Secretaria de Identidad y Cultura

Licenciada en Diseño Gráfico
Adriana Juárez Manríquez
Directora de Publicaciones Universitarias

20.º Premio Internacional de Poesía
"Gilberto Owen Estrada"
2026

Jurado
Marlene Zertuche
Edgar Trevizo
Roberto Acuña



PREMIO
INTERNACIONAL DE POESÍA
"GILBERTO"
OWEN
ESTRADA

Manifiesto de gente correosa

GEOVANI
DE LA ROSA

Universidad Autónoma del Estado de México

"2026, Conmemoración del ingreso de la científica y académica Elena Cárdenas Guerrero al Instituto Científico y Literario"

Este libro fue positivamente dictaminado con el aval de dos revisores externos, conforme al Reglamento de la Función Editorial de la UAEMÉX, y fue sometido a un proceso de identificación de duplicidad de la información mediante un *software* especializado.

Primera edición, octubre de 2026

Manifiesto de gente correosa

Geovani de la Rosa

D.R. © Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro
Toluca, Estado de México
C. P. 50000
Tel.: 722 481 1800
http://www.uaemex.mx

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt): 1800233

Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: http://ri.uaemex.mx

ISBN: 978-968-9796-01-5

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de su autor.

Coordinación editorial: Elisena Ménez Sánchez.
Corrección de estilo: Edith Muciño Martínez.
Coordinación de diseño: Luis Alberto Maldonado Barraza.
Diseño y formación: Concepción Contreras Martínez.
Diseño de portada: Luis Alberto Maldonado Barraza.

Índice

Presentación
11

Manifiesto
de gente correosa
15

Negrar
35

Pérdida
de sombra
69

Pre
senta
ción

El Premio Internacional de Poesía "Gilberto Owen Estrada" es una de las expresiones más sólidas del compromiso de la Universidad Autónoma del Estado de México con la creación literaria en lengua española. En su vigésima edición convocó a poetas de México y del extranjero a presentar obra original e inédita, y reafirmó que nuestra casa de estudios es un espacio abierto al diálogo, a la diversidad de voces y a la excelencia estética, fiel al legado del poeta que le da nombre.

Manifiesto de gente correosa, poemario ganador, construye una poética territorial que piensa la costa desde dentro. Su autor transforma la precariedad, la negritud y la vida colectiva en formas legítimas de conocimiento, mediante un lenguaje rico en oralidad e invención verbal que transita con agilidad de la cita clásica al tono cotidiano, sin ceder al folclorismo ni a la mirada exótica.

Esta obra de Geovani de la Rosa confronta las narrativas del turismo, de la modernización y de la devastación del planeta, sin caer en el panfleto, de tal forma que cumple el deber más alto de la poesía: renovar el lenguaje y devolvernos el asombro ante nuestro idioma, al tiempo que dignifica a quienes sostienen otras maneras de habitar el mundo y de resistir a su olvido.

Para la UAEMÉX, parte de su transformación es fortalecer la lectura y promover la escritura contemporánea con vocación humanista. Publicar esta obra y ponerla al alcance de la comunidad universitaria y de la sociedad en general, en formatos impresos y digitales, es contribuir a una cultura lectora, crítica e incluyente, que reconoce en el arte un derecho y un eje de retribución social. Invito a su lectura con la certeza de que, especialmente las y los jóvenes, hallarán en estos versos una voz lúcida y necesaria de nuestro tiempo.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Rectora

A mis familias, Peña Castellanos
y De la Rosa Callejas

A Adriana, compañera frente al mar

A mis hijos, Thiago y Gonzalo, muchitos
en la playa

Manifiesto
de gente correosa

Voy a cantar con los pobres, allá lejos,
a la orilla del río [...]
[...]
todo el mundo puede alegrarse con
él, pero el canto no se vende, porque
el canto es el surtidor de la garganta.

Jaime Jaramillo Escobar

1

Mi correosa gente en los arroyos
olvida penas, el *ahorita vengo*
de los suyos, los perros huelen
iguanas por aquellos rumbos,
un mar sin habla en flor de jamaica.

Mi gente relumbra
correntada abajo, cangrejos sin luna
y las tenazas hechas trizas,
un colmo de palmera, caderas firmes,
hombros capaces de soportar
fuetazos de felicidad.

Corriente abajo viven
quienes esqueletan con la temporada
en espera de desmemoria.
Cosechan sal en costalito, autobuses
cada vez más modernos, prisa de turista
y la carretera vampira
chupó conejos, tlacuaches
en mal momento, por la carretera
tumbaron parotas
donde se soltaban palabras hondas,
desde las entrañas, el *a veces me desanimo*
y ya no quiero seguir en esta
tontera, lo acomodaticio del lenguaje,
sus cuadraturas, su rigor
antes de que apriete la seca.

Mi gente de palmera y sal y *verdad*
que hace añales uno caminaba
por estos suelos sin azoro, con otro temple
y *anda a cortar vara pa' la cerca,*
moco de totole como resistol,
un olor a pan y a pescao frito,
un muchal de gente correosa sin correas,
como animales enmuinaos
a la espera de un abrazo,
desbocaos en la tajada de ternura
bajo el sol de mayo.

2

Aquí apenas si ladran los perros,
las casas a lo que caiga
en un futuro apocalíptico,
venaos y mantarrayas
queman centros comerciales,
peluquerías, no es cosa cierta
lo que ya no está de moda.

Todo tranquilo el panorama
y una ola gigante
de escupitajos. Todo estiaje
pa' sentarse a comer tortilla
con sal frente a la televisión.

Aquí apenas si un dolor
de tripas, un comerse las flores
de buganvilia y ya estuvo,
ya estuvo bueno,
se acabó el hambre.

3

A orilla de playa transcurre octubre
y noviembre y diciembre. Mi gente
transhuma en carretera federal
como gaviotas empachadas de lisas,
al ritmo de una chilena, parsimonia
de huamuche y un muchito
fuera de sí en el celular y su avalancha.

Ay, la orilla de playa se borró
mientras un policía
extorsiona a una parejita
por andar enarenándose
entre orgasmo y orgasmo,
de testigo la luna.

Ay, mi correosa gente
de mango y papaya empanochada,
aunque no se hable así, aunque
las mazacuatas devoran un cuche
y un huracán desertifique
nuestras huertas. Ay, mi gente
que se cura el espanto con huevos
de gallinas que huevan
como fábricas asiáticas.

4

Y volvamos a mi especie
que perdió el sur bajo el huracán,
se hizo laguna en pleno mayo,
la milpa degollada por goterones
de cielo. Oh, mi especie
que de correosa trae el habla
y ahora ese dialecto que te traes,
te hicieron mal las lluvias, te dañas
y feo, la arrechura *yo que fui*
tu amor primero a lo mejor
sí soy rata pero no de tu agujero.

Y ahí la dejo que se me embravece
el mar, delirios se aflojan, sin fornicio
no se agarra contentura.

5

Vivimos en el empache de luz,
casas de teja y perros colmilludos
pa' cazar iguanas, a expensas
de frutos en tiempo de secas;
a expensas de derivar
en policías privados, cargadores
de cajas y bultos de cemento,
muslos gruesos pa' meterse al mar,
azotarse contra los riscos, machete en mano
nos ocupamos de la felicidad,
mientras el cielo aborregao
anuncia terremotos, tsunamis
y allá al fondo, en el pozo de agua,
nuestros muertos como floreros
pa' soportar noches solitarias,
una cerveza, alboroto de tráiler,
este paso del tiempo que nomás
arrugas, desconsuelo deja.

6

Hay que suavizarle los rizos
a la virgen de la bocana, cantarle,
con pozole las entrañas,
llevarle pericón en flor, un milagrito
pa' hallar trabajo con buena paga.

La tarde sucede
entre inocencia y comedera de pájaro,
entre dientes blancos,
chisme pa' capear
lo incierto del dinero,
pan viejo, mandao de lechuza,
palabras almendra justo a la hora
en que fenecen las ilusiones,

lo vinil de la vida que descontractura
a mujeres preñadas, silencio,
nervios deshilachaos, piel negra,
arrastrarse entre la mierda,
pozas de agua donde ya no desovan
los charales ni siquiera crías de sapo,
a pesar de los rezos, cantos,
eco de alacrán crujiendo
en medio de palapas en fuego.

7

Quienes excluidos recogen nanche,
manosean pesadillas, nalgas abismales
y pantorrillas de palmera,
señas de gente a pie,
cruzan carreteras recién crecidas
con un perro al lado, armadillos
en los hombros, hambre no saciada
cuando junio no trae confort
ni bienestar el gobierno,
el aire acondicionao
nos beneficia más
aunque nos hincha las anginas
y acobarda falos, vulvas ensequece,
pérdida de la palabra natural
con la que se pide una ayudadita.

Quienes bajo un mango
desconocen las universales tendencias
de los aparatos de última generación,
el plusvalor del remedio en biosimilares,
una iguana como juguete soleao,
veredas donde ya no se arma fiesta
y las carcajadas traquetean entre
plástico, botes de café soluble,
olor a tronco de canela.

Quienes desisten de la sanidad pública,
se ramifican en coco, en pescao frito

y el de bienes comunales pide
una fortuna por un papelito, migajero
de la justicia, el framboyán se secó,
otra vez, un arbolito arrodillao
frente a la muerte
y el mar con su cólera
a unos diez kilómetros por allá.

8

Mi desgana, mi falta de tacto
con la compañera, mi plaga,
lo estéril de la ilama,
mi arrojarme de cabeza
contra lo pedregoso de la playa.

Mi gente a la que se le muere el hijo,
a la que se le muere el padre,
a la que se le escapa el cuche
y las pozas como pozos
de juicio final, desaliento al arrullo
de un bocote, flores pisoteadas
por las botas, coches del año.

En los pretiles del recuerdo
me parto la alegría, la quijada,
mucha sangre, mucha sangre
pa' inundar la costa entera
y sosiego cuando cae la noche,
con sus grillos, sus hamacas.

Mi lengua desflorece en el rechazo,
mi ansiedad en mar de fondo
y la nostalgia de pan caliente,
esta llaga de ausencia que no cura
ni la sábila, alborozo de zanates,
hacen de las suyas en la milpa.

9

En huelga las vacas,
los peces vela ni se asoman,
ventiladores rancios, muchachos
con divagaciones militares,
el aire ponzoñoso de la lluvia tarda.

Empresarios de la glotonería ajena,
muchachas con divagaciones
sobre las faldas o los pantalones,
sus culos de mucha importancia;
basura quemada detrás de bajareques,
un pájaro carpintero se alista
pa' la temporada de huracanes.

En huelga dios y sus rezanderos,
la memoria de un tullido
que desde su puerta divaga
en torno a la aritmética del oro
y la especulación con la tierra
malvendida, es que ya no alcanza,
es que ya nadie cuida nuestra tierra,
es que somos puro esqueleto
con hambre a media tarde,
hartos de apear coco seco,
de repasar sin cansancio los manuales
de protección civil, técnicas de cultivo
y cosecha de frutas tropicales,
las medidas pa' que no se reproduzca

el mosquito que nos pega el dengue
y ese sí que nunca de los nunca
se va a huelga.

10

Atole de coco, pencas
de plátano macho cuelgan
del techo, una bursera
de piel estable con sus hormigas,
este dolor de cabeza,
¿será por la pantalla, las oficinas,
el camino a casa? ¿Será la falta
de dinero, las deudas, la masacre
de la billetera repleta de imágenes
religiosas? Manos que rayan
ilusiones, un poco de azúcar,
un salte de aquí y no molestes,
porque apenas ayer
estrenamos la colcha de retazos,
tarántulas babean en el techo,
hoy tampoco habrá sexo,
¡qué sabroso quedó
el atole!, sírvame otra tacita.

Por cierto, si usted tiene malaire
hay un cien por ciento de certeza
de que arrancie el coco
y sus derivados, así que
¡hágase pa'lla!

11

Guindé el lenguaje
con el que descareté el mundo,
un cuerpo de a tiro
en desorientación. Me rodea mi gente
con pretinas, un hambral de aquellas
como pa' matar media docena
de venaos, engullirlos de un tajo.

Ya no sé cómo echar el dicho
con mi gente que lleva en el lomo
celulares todos traquetes, aceite comestible
y barato, frituras aguachentas de sodio,
aperjuilate que te vas a morir
de un huastidio, tú, mi gente
lleva lágrimas y ternura
pa' adentrarse al mar
tras el rebanón de una mantarraya.

Yo, por mi parte,
guindé palabras, dichos,
el acento cabrea, jacarandoso
y gentil en que me llamaban
mi padre, mi madre, mis abuelas
y los vecinos que no acicalan el paisaje
y aquel *quítate del sol, tú, te va dar*
un juerte tabardillo.

Enmontarse sin lenguaje,
nomás falta traicionar
la tierra de ciruelos
en la que sembré algún
futuro posible, su tempestad,
teluria de incertidumbre, tanteo,
y *el que quiera tragar que trague*
y el que no, el perro tiene hambre.

12

Mi especie,
relumbran,
quienes tropicales andan,
quienes de la costa seca
y ya no llueve,
se quedan a orilla de playa,
se avientan del acantilaje,
amanecen en azul
porque desde la azotea se percibe el mar.

Son quienes desgranan sueños a mano limpia,
siembran epazote
y responden con firmeza cuando dios
malluga el alma. Quienes conocen
la hora exacta en la que el sol
se echa a dormir.

Mi especie de lumbre y sal
son quienes apean tamarindo
antes del almuerzo,
cagan en casas abandonadas
y amanecen con el ojo morao
o en la cárcel del pueblo
por hacer camorra
en una fiesta familiar.

Negrar

Sólo éramos palabras, detrás de las cuales no había nada, que nosotros ni siquiera éramos nosotros, mientras que lo que éramos seguía siendo, seguía siendo siempre, sin que ni siquiera lamentásemos que no hubiera palabras para designarnos.

William Faulkner

*

Vuelvo a la palabra,
como quien regresa a casa
todo revuelto por dentro,
puro cascajo de ideales,
como quedarse desguanzao
mientras el mar anda medio ido.

*

La palabra denigrar proviene del latín clásico *denigrare.*
En lo literal significa ennegrecer,
volver negro.

No me hice negro,
así me arrojó mi madre a la costa.

Llevo el genoma de gente turulata,
gente que se desloma el alma mientras sus visiones
[de monte
y baila un bolero tropical bajo el tamarindo.

En el latín tardío,
denigrar paró en metáfora cruel:
oscurecer la reputación de alguien.

Oscurece el sol mientras talan la ceiba,
morada de pericos.
Oscurecen las estrellas por el desborde lumínico de esta
[urbe.
En abril, los sueños oscurecen en fuego forestal.
Oscurezco en el orden natural de un lagarto a la deriva de
[la noche.

Hasta hoy en día,
según la semántica de lenguas romances,
denigrar tiene que ver con reducir el valor
de algo o de alguien,

como mis rizos que debían ser cortados en el inicio del
[ciclo escolar,
como mi piel de lodo con tendencia a no agarrar el sueño,
como este mal de pensamiento
por el que desemboco en soledad y palo seco.

La taxonomía también tiene tino pa' negrar la vida
y en sus registros pone en su lugar a la oquedad.
Los ictiólogos le pusieron Pez del Diablo
a la más negra criatura de agua dulce,
invasora,
bien enmuinada,
sin escamas,
la que no pertenece a estas aguas;
un animal de agua dulce que enfada
y no puede sobrevivir
un día lejos de su hábitat.

*

La palabra me oscurece en el pellejo,
así la noche a ras de un mediodía pleno de sol.

No soy tan oscuro como disponen mis genes.

Mi epidermis es exangüe en vitamina D
y en otras escalas de fototipos
recién propuestas por la dermatología.

A la vez, soy lo suficientemente oscuro
pa' no pertenecer a esta patria levantada
durante la guerrilla mixturizante de las razas.

Entonces, me refresco la tristeza en lo negruzco del mar.
Me vuelvo más tenebroso con mi sonrisa de encías
[hinchadas,
dientes amarillos por un muchal de oscuridad.

Hay que ser limpio en la palabra,
que no se divise la cicatriz ancestra
mientras a mano alzada
escribo como zopilote tuerto.

*

Te denigro la artimaña y la valentía.
Te difamo con besos y caricias jariosas cuando apenas
[clarea.
Te ennegrezco mientras el framboyán se tupe de naranja.

Me pongo un poco culto
pa' que no le entre desgano a mi palabra.

Un poco agustiniano me quedo:
¿por qué denigro al semejante,
si sólo busco luz oscura pa' mi vaina?

Pobre hombre liberao de inmundicia en bajamar.
Muchacho negro
lamiendo lo más obsceno de
una muchacha negra.

(Esto tiene más amarre con un panfleto
que con aquella lírica
donde las palabras son paridas por la esperanza).

Auxilio a un personaje de Dante:
te consuelo la memoria
con el único recuerdo
de mi abuelo paterno
atragantándose con una Coca-Cola de vidrio.

Te envuelvo en pelos de caballo y cuernos de venao.
Te negro a las 3 de la tarde,
cuando el alma sugiere siesta
y la comida pierde sazón en la panza.

Te bajo la condición existencial
con la tala inmoderada de amaneceres
y quédate ángelus hasta el tope.

*

La fama se hace negra
cuando va de boca en boca por el pueblo,
barruntaba Petrarca.

A Ovidio le hicieron menos
por repartir amor de boca en boca
y "échenlo al Mar Negro".

Escribo en rededor de la línea de colores
mientras la desolación de mi tierra
donde ya no llueve pa' sacarnos el mal del alma.

Si hasta al propio Josef K. se le negró la identidad
quedándose luminiscente de tan antivital,
pues su vida ya no era suya
en medio del juzgado.

*

"Sentirse afrodescendiente *is the new black*",
leo en una red social.

Un tío abuelo reclama parajes ajenos:
"es que los negros se quedaron
con las mejores tierras de la Costa".

"En este país no existen los negros",
afirma la *vox populi.*

"Tú no eres negro",
pregonan,
pero bien que me marcan como venezolano;
pa' la citadina del trabajo soy de Colombia,
mientras florean acacias en mis hombros.

Entonces, ¿qué hago con mis rizos
hidratados por el sol de abril?

¿Atiendo a quien me llama?:
hey, tú, negrito tísico, ven pa'cá.

¿Qué ruta tomo con mi espalda de tiburón malilla?
¿Con qué brebaje me curo estos sueños medio salvajes que
[me dominan?
¿Cómo apago esta sangre fría que me enfebrece a cada
[rato?

Y bailan los diablos en el parque entre murmullos:
eso es una porquería,
que se vayan a África
con su cochinero.
Entonces:
"tú ni tu familia se asumen como afros".

Y me aquieto bajo un guayabo seco.
El silencio guillotina mi historia.
Se me entristecen los testículos de toro rabón
que nadie apetece.

Entonces, se me anega la memoranza
con aquellos bordos rebosantes en deslave,
las palmeras del arroyo crecido,
trozos de vidrio en el pie,
y mi abuela cruzando el puente con una sandía bajo el
[brazo
y desperdicio pa' los cuches.

*

Desvivo en olas tubera del ayer,
ya todo despernancao en ilusión,
los tobillos pútridos.

Esta piel ajena no me legitima lo necesario
pa' hacer público lo que atormenta de noche,
traumas en terracería.

Mítico por esconderme en la arena del porvenir.
Exangüe debido a la sequía de lamidas mortales de cuello.
Camaleónico cuando la muchedumbre
le reza a la deidad mercantil del momento.
Testigo de mis rizos que en alopecia apuran el silencio.

De tumbo en tumbo voy tras el huracán de octubre,
en la hondura de lo que no tiene nombre ni salvación,
pues mi carne no es sagrada ni azul.

Me vuelvo invisible en la poca maña del ejercicio matinal
pa' ya no prestar pupila a la ceniza de estrella
que nos acompaña como Sol.

Me alimenta la suficiente seriedad pa' de improviso
chacharear entre palabras identitarias:
choco, puchunco, cuita, chandera.

Enfurezco en la negritud de lo que iba a ser
sin suceder en el vaivén del jamás.

*

¿Por qué lo negro es de provecho pa' hablar en negativo?

El esmalte dental decolora en negro
cuando la caries hace de las suyas.
La tarde se vuelve noche,
toda torcida y penumbra.
Las células vivas melanoman en células negras.

Si la vida enferma, muta hacia lo oscuro.
La vida se ningunea a sí misma hasta ser madrugada eterna.
La vida se distorsiona en demasía
y de pronto
ya es mancha irreparable,
peste negra.
¿Por qué esta palabra se me apareció en la escalera
[eléctrica?

Y ahora no soporto ser sombra de nadie,
un Othello negrao por olas del Pacífico.

*

Marchitable soy en pensamiento y acción,
según postulados de la patria
a la que no conferí origen ni creencia.

Como si fuera espontánea la sed de ternura que me
[acorrala,
una neoplasia mental por tanta espera de lluvia.

Mis dedos arrancan piel,
uñas,
cabello
caparazones
a sueños aceitaos por ofertas de autoservicio.

Aun así, carezco de la saña pa' rugir contra el mar de fondo
y existir en el idioma al que pertenezco,
el idioma del que mamé
sierra,
cañada,
pueblo de mil y tantos habitantes,
y la sequía,
las olas,
la ciudad poblándose a destajo,
la casa de cartón donde me masturbé
hasta jorobar mi hombría.

Que soy marchito
bajo la intermitencia del alumbrao público,
dicen quienes no tienen camino,
quienes ríen con veneno entre los dientes.

*

De mi boca brotan las palabras más insanas
pa' hidratar la esperanza de quienes se desmoronan
en la probabilidad de un horario laboral
y sus prestaciones hediondas.

Palabras pa' meterle el pie
a esta mansedumbre que no profeso
cuando anuncian un frente frío
pa' mi costa alimentada de morcilla,
un suelo regocijao de nitrógeno,
fósforo,
potasio
después de procesar lo marchito del gozo antiguo.

*

Soy un negro de mente oscura
enfermo de negros apetitos.
Tengo hambre de sandía,
tamarindo
y mango;
y de extraviarme en lo puchunco de mis crías.

No me sereno ni con azote de vida proletaria,
mucho menos con huracanes afiebraos de ternura.

Abrazo parotas con mis huesos tilinques
y esta hambre por la hembra compañera
en medio de bruma tropical.

Ansío la tormenta como el día de paga
mientras en las avenidas
coches aceleraos como estrellas al garete;
y a lo lejos seres cubiertos por el cemento
y flor de palo santo.

Soy un negro con mal fario pa' cosechar amor
justo cuando mis afectos se ensequecen a la intemperie.

*

Casi todas las estrellas fueron bautizadas
de acuerdo con el temperamento humano
de la época de su descubrimiento.

A las reses les tatúan con fierro caliente
las iniciales de su dueño.

Cada producto del supermercado tiene una marca,
la misma marca que mis ancestros legaron en mis pupilas.
Esa marca sucia que deja en mis manos
la raíz de un roble al trasplantarlo.

La historia oficial de la Sierra Madre del Sur
abunda de palabras esenciales,
fechas inamovibles
y teorías absurdas sobre colores hegemónicos.

El obrero lleva un uniforme con la identidad gráfica
de la empresa que le paga,
que lo desvaloriza mediante contrato.

Mi padre está impregnao en mis rizos
y mi madre en esta sed por sembrar plantas aromáticas.

Mi abuela paterna heredó en mí la sabiduría pa' vincularme
espiritualmente con animales en un cruce de caminos.

Dicen que mi habilidad pa' la repostería
viene de mi abuela materna y panadera.

De mi abuelo materno tengo sus ojos miel,
la ternura y la furia de vivir acariciando lo que no vuelve.

*

Me llaman negro,
ajeno a cualquier suelo que piso.

Pero nunca me asumí como ello,
me abronca la compañera
cuando me desprendo de su sexo.

"Pertenecerás al lugar donde construyas tu casa",
sentenció un aborigen
con cerveza en mano.

¿Qué soy cuando me figuro el murmullo del mar
en la exactitud de los semáforos inteligentes?

¿Qué marca, qué palabra tengo cuesta arriba
por la cual no puedo nombrarme ni a mí mismo?

*

Un extraño animal que ha perdido la maña
pa' detectar los olores del suelo,
esa habilidad
que me protegía del mar de fondo surcando la playa,
la imaginación puesta en los cerros mientras la lluvia.

Alguna vez miré las estrellas entre resquicios de palapa;
sabía cuándo se ocultaba Saturno,
la orgía de Líridas,
la precesión axial de la Tierra en busca de libertad,
las mareas vivas pa' no salir de pesca el próximo sábado.

Nada queda en mí de aquellos talentos de un ser rural.
El mango floreaba y era tiempo de estilizar mis rizos.

Un extraño animal anegao de miedo en jornadas velatorias
y el huizache punzándome en el pie derecho.

Fui aquel descalabrao mientras apeaba almendras,
las hormigas león poblaban el patio
en dirección contraria a los demás insectos
y la basura en pleno derrumbe.

Anduve en el régimen de la sequía
debido a mi superávit de palabras chocas,
no universales,
espectáculo televisivo y diccionario roto,

palabras de plástico quemao,
de tlacuache y de torpeza.

Era un extraño animal de pocas palabras,
pupilas miel,
ese resquemor en las entrañas bajo el sol.

En aquel tiempo,
como en este,
limitao en la pericia de encontrar oficio y amor
en medio del monte recién crecido.

*

Invento la historia de mi piel con la oscurana del silencio
y las aves coloridas mancillan mi recuerdo,
aquel caminar en la bahía.

No eché raíces en ningún paraje porque no soy yaca ni
[verano.
Mi vida nunca estuvo en peligro ni lo estará,
más allá de mi apetencia por el resol
de una hembra de piernas largas.

Hablo de mis cicatrices pa' entorpecer la partida de los
[amigos,
la extinción de mi estirpe a deshoras de la noche.

Hice viajes galácticos sometido por el aguaje de aquel
[río serrano
donde la felicidad significaba
comer micropeces de los que olvidé el nombre.

Mis dedos recrean la tristeza de cada árbol
al que le negué abrazo
y esta tarde de calor extremo
me resta simular la fructosa
de un mamey acedo.

*

La palabra me relumbra en el recuerdo
y la lluvia de junio.

La palabra me deja inmóvil ante lo que soy y no,
un hombre de uñas negras acariciando la belleza
de una herida abierta,
mecenazgo de sangre ancestra
y buscar un origen donde ni cenizas habitan.

Me atraganto en negrura sin saber de navegación nocturna
mientras la sílice sazona la tristeza de los mangales,
torpes suelos donde ya no arde la esperanza,
una madre sierra sitiada
por bandoleros de palmeras.

Me traiciona esta voz de la que me apropio,
como si nunca hubieran escupido lo negral de mi deseo,
la fatiga con la que cuestiono el orden del tiempo y el
[dinero,
aquellas tardes de hartazgo en el carnaval a ras de playa.

La palabra que no existe
y le doy vida con polvo enraizante,
mi carne tactando la chandera acuífera
de un alma que no me pertenece, un como vértigo
de sentir un tsunami en el preciso momento
en que me arrumban entre derrota y negación.

*

Tengo la negra de los ríos descapitalizaos de utopía y
[humedal,
como perico sin suroeste me arrastro por los cielos
y los suelos donde alguna vez labré mi propia sombra.

Deambulo en lo más bojo de la luz sin encontrar palabra,
ni corazón de hembra pa' devorarlo de un trago.
No me topo con un zopilote que cure mi mala racha.

Soy un pez sin alas que suda pus,
cacarea erecciones breves,
lagrimea cada quince minutos
y se queda quieto ante el parhelio de octubre.

Tengo a la negra más hermosa del Trópico,
de piernas largas y espalda quemada,
de pelo irreverente y bipolar,
le abunda la tristeza,
y tiene unos senos de alharaca
y unas nalgas olorosas a ilama con hierba santa.

Tengo la negra,
es decir,
ando sin río ni mar ni coito en la hamaca,
como un tiburón exiliao de su monte,
una sierra despellejada de palmeras,
parotas,
acacias.

Me cayó la negra
donde se arrejuntan la laguna y el mar,
en lo más desolao de mi alma sin lumbre.

*

Hablo negro,
costeño,
tropical.

Lo más lejano de la milpa de mi abuela.
Lo más invisible de los nanches de mi abuelo.

Hablo como cambujo,
sin traza,
todo engambao.

No tengo ninguna fama sobre lo que soy.
No tengo quién alivie
la calentura negra de mis testículos.
No tengo pelícano ni agua cálida.

Hablo de latido,
de espanto,
de garrotillo.

Y el olor a candó del caldo de res de mi madre.
Y el olor a alcohol de mi tía enfermera.
Y el olor a marañona de no sé dónde.

Hablo guayabo,
mango petacón,
chilamate.

Le llevo un pargo a mi compañera
pa' freírlo.
Le llevo una sandía a mis hijos
pa' que la hagan agua fresca.
Le llevo un lote de sueños a la familia
pa'l velorio.
Hablo en mar Pacífico,
en esta palabra de lluvias y secas.

*

Extrajeron el negro musgo de mi historia,
flores de bocote en mi lengua
y la sabiduría en los ojos de mi abuela
antes de la noche.
Extinguieron al mayate verde
que oxigenaba el suelo
mientras el enojo de mi padre
echaba candela al monte seco.

Tantos y tantos zanates en el tamarindo y los mangos,
el sol como un griterío de muchitos jugando a las
[escondidas,
aquel río donde ya no queda agua ni arena.

El termoplástico de la carretera pudrió la ternura del
[viento
y todos caídos los árboles de ilama,
limón,
guanábana.
Nos dejaron en la intemperie de autoservicios,
frente a pantallas táctiles pa' comprar a distancia
productos que turban a los perros,
a las gallinas
y los cuches tambalean por la tiricia.

Extrajeron de mi memoria
los sueños del negro que nunca fui,
el ansia de células madre endometriales

con la madrugada acechante,
la pulpa paradisíaca de un mango meco.

Extrajeron el abrazo de mi otra abuela,
sus manos de levadura.
Y la fe de mi madre lavando yerbabuena
como ritual familiar a punto del mediodía
pa' los malos augurios y esos años muertos
en los que no quedaba de otra más que bailar,
rezar,
poner los ojos ante el cerro
que a principios de siglo y ya muy noche
derivó en pétalo de cemento.

*

Que alma negra tengo desde recién nacido.

Que me empapo de ternura en terracería
y casas arrasadas por vientos de octubre
y el silencio
mientras cuchichean a espaldas de uno:
la superstición
de que si te juntas con un negro
las grietas se posesionarán de tus talones y tus uñas;
si te lame un negro se te gangrenará el porvenir
y amanecerán mantarrayas muertas en la playa;
si te juntas con un negro
perderás la andadura y la sombra.

Que traigo encima un lamento de palma que ya no pare,
horas de horas en el arroyo en busca de libélulas,
el olor a tepehuaje de mujeres arrogantes;
traigo en la mira a alguien que coma sin asco mi carne de
[huamuche
y hazte pa'llá que hace mucho calor,
hartazgo de ti padezco,
y tráete una hierbita de la huerta pa' curarte el espanto,
esa palidez de gaviota atragantada en su propio cantar.

*

En este mar sin bullanga,
soy un hombre sin palabra
mientras la desesperación, mal de monte,
y alguien nos dice costeros,
no costeños,
porque en la ignorancia suena más bonito;
ahora resulta
que el tomatillo del diablo es negro
y tóxico.

Mientras allá afuera los perros ladran a bultos negros
y los gatos rasgan trancas y ropa sucia
y los espíritus acompañan la labor nocturna de un insomne.

Así era la vida diaria en aquel pedacito de Trópico,
donde devorábamos memoria pa' amarrar el tiempo
y tratábamos de recordar nuestro palabreo de mango
[y coco.

Pérdida
de sombra

Sólo [...] en la poesía [...] nos asomamos
a veces a lo que fuimos antes de ser esto
que vaya a saber si somos.

Julio Cortázar

1

Pa' las penas ancestras
hay que bañarse en hojas de guayabo y naranjo agrio.

Oler melisa pa' darle sereno al corazón
y deje de bogar mares ignotos por la noche.

Un cuantito de flores de bugambilia pa' abrazar con
[ternura
y compartir el calor de la esperanza,
comida recién a la mesa.

La escupidera de aguardiente por todo el cuerpo
cuando el alma anda ya vagabunda
por parajes de espanto y de tigre.

Una ramita de epazote pa' arrancar de raíz
el miedo atorao en la panza y té de hierbabuena
pa' no irse a la oficina colmao de ansia
y planes a futuro. No puede faltar el estafiate
pa' sacar el malaire, las lombrices y los demonios.
Una infusión de palo mulato
alivia la congoja convertida en gastritis.

Algo así recomendaban mis abuelas
mientras arrancaban albahaca y amor de un rato.

2

Ningún aroma, rezo ni escupitajo
me quita lo mirada ausente de mi porte,
este como viento de tormenta y extremo cansancio,
la poca carcajada por la que me piden el divorcio.

Nada detiene este arrebato solar
que escurre de mis dedos.

3

Ninguno de mis muertos se llevó mi sombra.
Tampoco aquel temblor de mayo que rehiletió azoteas.

No dejé mi sombra al despedirme de los árboles,
cuando fueron devoraos por la motosierra
pa' darle cabida a la casa
que mi padre construyó desde el norte
mientras mi madre dictaminaba planos y presupuesto
y le daba de comer a mi abuelo de albañil.

Ni siquiera perdí la sombra
cuando el arroyo creció sin aviso de viento
durante una tormenta de abril
y las chicharras borrachas de calor húmedo
y la corriente arrastrando cuches, vacas, gallinas,
troncos de cazahuate sin proa.

Perdí la sombra,
posiblemente,
cuando me alejé de mi hermano
y aquellas olas en las que cada uno tomó su propio andar.

Empecé a mirar más allá de los cerros y las nubes,
sin asomarme a nada en específico, sin palpar la tierra
y los palos moraos reverdecían en el cerro.

Nadie se dio cuenta de la marchitez de mi carne.
Ni yo mismo reparé

cuando enflacó lo correoso de mi alma
y los huesos tronantes de cansancio
y la injusticia por ausencia de sombra.

4

En pisada de animal está mi sombra,
en el mañana de mis hijos y sequía de mangal.

La voz de mi abuela materna llega en mimos de huracán,
su tamarindo poblao de enigmas y ramas quebradas,
su casa de adobe sostenida por una silla de ruedas
y la miel inflorescente de una ixora.

Dejé mi sombra en la tardenoche de la bahía,
cuando el mar se iba un poquito pa' dentro,
a la espera de espíritus descarriaos.

5

A lo lejos, mi abuela paterna despide a su penúltimo
[hermano,
aquel hombre con manos de zapote, bigote de pantera
y una gorra vieja con el logo de la Coca-Cola.

Las palmas no parieron este año,
no germina el epazote y mi cuerpo apesta
a cangrejo triturao por algún coche.

Mis manos se niegan a seguir plantando esperanza,
ya no acecho mi sombra en el orgasmo de mi compañera,
ni deambulo lo nocturno del puerto
tras el tufo de hueveras de pulpos sin rumbo.

6

Esta falta de apetito a la hora del digestivo.

Esta ceguera que me traigo y no me da chance
de poner los ojos más allá de las nubes.

Este apego maniaco por la hamaca día y noche.

Esta tristura que me viene de no sé dónde,
de no sé cuándo y el huracán ronronea en la playa.

La indiferencia ante mi cuerpo tilinque,
mi cuerpo de músculos y postes caídos.

Esta apatía pa' no enmarañarme en la ternura de mi madre,
en la voz residual de mi padre.

Este olvido pa' hidratar mi corazón con frutas de
[temporada,
pa' medirme el azúcar, cantidad de sol
y salir a platicar con las iguanas del parque
y una flojedad ante las caderas de la mujer que me
[acompaña.
Esta apatía ante la primera lluvia, zacate sin compuerta
y las goteras arman jaleo entre los libros.

Esta sombra que nunca tuve y ponte juicioso
pa' que no termines en el monte
transfigurao en lo que ya no retorna.

7

Tambalean recuerdos arcaicos, aquellos alacranes
que jugaban a las escondidas en el techo de palapa.

Tambalean los latidos de mi abuelo
cimbrando una casa con vista al mar
y los mangos entraos en anemia
porque el arroyo se secó.

8

A mí no se me cayó el alma en el río,
ni cuando los perros ladraron de azoro
contra el ciclón que se avecinaba,
casas inundadas, piedras gigantes.

Quizá fue la tarde en que me quité la sed
con la tristeza de una buganvilia,
allá en la playa,
y la ausencia de amor como látigo en la espalda.

Los pericos hacían bulla en pasillos bancarios,
los jurules se lamentaban ante corales blancos de abandono,
los pescadores empeñaban los secretos de sus lanchas;

y yo,
allá en la playa,
con suspiro en desoriente,
apenas con migas de bolillo pa' recuperar la conciencia
y el estómago destanteao en hábito y sombra.

9

Hago vida en el desguance de la nostalgia.
Todo achicopalao, encaro amaneceres y tormentas del
[Pacífico.
Con los pies faltos de calcio, atacaos por la entumidera,
recorro el porvenir de mis descendientes.

Nunca tuve norte ni sur, ni lomo correoso
pa' espantar un séquito de cocodrilos en extravío.
Vi lomas invadidas de zacate
y cruces de personas a las que nunca conocí.
Vi a los arroyos convertirse en contenedores de plástico.

No persigo rastro alguno del ácaro rojo
que devoró hectáreas y hectáreas de palmeras jóvenes.
Ya no apetezco ni siquiera el amor tropical de mi
[compañera,
tan presta al rechazo, a la retirada, al olvido.

Desconozco la oscuridad de la que provengo,
los supuestos látigos con que mi sangre castigó y la
[castigaron,
el linaje serrano, costeño y negro
que me hace vomitar flores rabiosas en luna menguante.

10

Es la sombra de mi presente lo que intento atraer
con brebaje de mezcal, té de palo y ceniza de copal
mientras me vuelvo más viejo al arrullo de mis hijos.

Y afuera el paso de los coches no suena
como cuando se acerca la lluvia
y que vuelva mi sombra
a mis huesos,
a mis pupilas,
a mi pecho frío,
que vuelva mientras la noche.

11

Lo tupido del tráfico cuando salgo de casa,
los pericos inventan madrigueras en lo inhóspito de los
[edificios,
mis hijos chocan contra las nubes cuando duermen
y mi compañera se pone una falda de mezclilla pa' ir a dar
[clases.

Ciruelos cargaos de sueños en el abril de mi infancia,
en las heridas que la ropa ajena dejó sobre las manos
[de mi madre
y en la traición de mis músculos si les exijo salir de cama.

Ladran vendedores ambulantes en cada esquina
mientras mis ojos se desvinculan de la tierra,
raíces de té limón a la espera de lluvia,
una ipomea florece a medianoche.

No tengo hambre como cada viernes por la mañana
y mis huesos ya no tienen fuerza pa' encarar tsunamis;
soy un cuerpo lleno de dudas,
infértil de afectos.

Intento sonreír pa' mis hijos,
pa' mi compañera,
pa' mi madre que me llama a la distancia,
mi padre aún creyente de la ternura colectiva,
y mi propio silencio me aparta de la vida

mientras mis pies tiesos justo cuando el mar
redobla su trabajo diario en pez espada y algas secas.

12

Hay veranos de olas junto a mis hijos
y sonreír frente a fotografías de mi abuela materna
con un plato de caldo de res en la mano.

Aún quedan noches pa' bañarme
bajo los helechos de mi compañera
y acariciar sus ilusiones de tener hogar propio.

Desmemorio dolores de espalda
bebiendo trocitos del laurel
que sembré en la infancia y floreó en el cambio de siglo.

Hay tiempo de plática con mi abuelo paterno
y recrear una tarde de lluvia
en el corredor de una casa que ya no existe.

Aún queda la suficiente marisma en mi espíritu
pa' cantar contra mi propia angustia,
malsueño,
y hacer que vuelva mi sombra.

13

Conservo un reguero de hojas de cacahuananche en mis
[recuerdos
pa' aliviarme el estrés de salir rumbo al trabajo,
esta ansiedad de desaparecido en el océano,
el lamento que me punza en la columna vertebral
por un hambre de sol. Agobiao de insomnio
percibo arroyos a la distancia, el viento huele a cuyul,
el croar de ranas reprochando que vivían en esa coladera,
arrogancia de guajolote, la cruda reproducción de
[alacranes.

14

La persigo cuando parto una sandía en la milpa
y recojo un poco de porvenir en raíces de almendro;
justo en el abrazo de mi madre y el canto mantarraya de
[mis hijos;
al acercarme a los ojos jacaranda de mi compañera
y cuando sueño que pueblo de árboles la costa.

La busco en la arrogancia de los supermercados,
en la función de cine a las 11 de la noche,
alboroto de chambalé.
Ante la parada del urbano mientras el mediodía pasa con
[desaire
y la nota roja se menea con noticias de gobierno. La recreo
en el argüende de los parques y la sequedad de los ríos.

Tras de ella ando cuando no duermo, cuando imagino
que agarro maña pa' extraer sal del mar mientras un
[borlote de cangrejos.
La saboreo en la carne de vaca que me enfada
y en la flor de garambullo abierta en suspiros nocturnos.
La veo en el recuerdo que protagoniza mi hermano menor,
atrapando cuijas detrás de la casa, el corazón de un pozo
[de agua.

Me le acerco en el tanteo de la hierba rebelde
a pesar del asfalto y un exceso de plástico.

La persigo,
a mi sombra,
en la abundosa tasa de deforestación
y en la falta de cincuenta centavos pa' comprar una gelatina
mientras una palmera anda de aquí pa'llá bajo las estrellas.

15

Para Adriana Ventura,
donde mi sombra se acurruca

La primera vez que vi las piernas de mi compañera
me desboqué en una barranca de la Sierra Madre del Sur
y perdí la sombra.

Mis aletas se achuecaron, ya no supe nadar
ni levantar vuelo tras los cerros.

Ella apareció en el Papagayo muy tempranito
y como un Ícaro tropical empecé a dudar de mi color de
[piel,
de los músculos con los que escalaba peñascos,
de la lucidez pa' cazar iguanas,
y mis aletas se disolvieron en agua honda.

Caí sin sombra, con el corazón colmao de huracán.

Mi cerebro se amansó con su ternura solar,
mis manos se enfermaron de inestabilidad telúrica
y tuve la intención de ser su poeta proletario
yendo a cada rato por un trabajo con más paga.

Así fui tras de ella en desconcierto,
con un no saber ni pa' dónde,
un mal de monte encajao hasta las entrañas

y la sombra quién sabe en qué rinconcito,
sin pa' dónde agarrar camino
más que la tierra con un montón de ciruelos hechos leña.

16

Yo era el animal. Era el oscuro en medio de la playa
anegada de sombrillas y chatarra comestible. El podrido
justo a medio día, la bisabuela pidiendo cigarro.

Yo era inútil pa' las cuestiones de ternura.
Era hombre perdido en las esquinas del desaire,
en las copas de árboles secos, en la baraja del diablo.

Yo era el que nunca debía regresar al techo de cartón,
a la letrina y la falta de cal, a la calle donde embruteces
de espanto y anemia. Era el magullao en las puertas
de los autoservicios. El que sacrificaba sus mejores ropas
con tal de hallar adjetivo, verbo, palabra común
con lo que pudiera hablar de contento
y engatusar un cuerpo ajeno.

Yo era el sin voz,
el que nadie espera,
el "hazte pa'llá"
mientras suspiraba como si fumara mediocridad.

Yo era un animal sin marea pa' derrumbar hoteles
y secarme las manos enmugradas de amargura.

17

¿Qué escucho cuando presto atención a cada ruido de la
[costa?

Las chicharras deambulan en albercas privadas,
un brote de flores en los limoneros y la urvan pasajera
de mi hermano pequeño saliendo de casa.

La itayata pelona antes de la lluvia y mis hijos
persiguen gallinas, dan leche a los borregos,
se espantan por una araña patona.

Los zancudos se reproducen en la pileta
y mi corazón amanece entumecido
como si me hubiese picao un alacrán,
como si llevara impreso el mensaje de un zanate,
como la eyaculación vegetal por propia mano
después del rechazo de la compañera
y las tres de la mañana encima.

Me pesan las rodillas, los horarios laborales y este aliento
[podrido
por la gingivitis y carencia de agua marina. Me tiembla la
[mirada
ante el río en soledad, sin peces atareaos en la grava
ni niños como caracoles a la deriva.

¿Qué escucho cuando persigo el sonido de la costa
en esta ciudad resignada de jacarandas,
de viaductos automotrices y contaminación ambiental?

Escucho lo que no puede esperar,
mi tracto digestivo,
mis hijos abriendo la puerta del baño,
los pasos en polvorosa de mi propia sombra
sobre hojas caídas y secas de marzo.

18

La tristeza de mayo suda bajo mi barba
y las bestias domesticadas no encuentran sombra por
[ningún paraje.

Platiqué con mi abuela sobre su pozo de agua
abandonao por sus hijos. Acaricié la madera espiritual
de mis ancestros y miré el cerro como si volviera a ser
[niño.

El bocote se secó porque este año ni un hilito de lluvia
y los hongos de mis pies son eco de azucenas olvidadas en
[el patio;
soy un hombre que naufraga al arrullo de erizos
y electróforos que alimentan mi corazón.

Poco sé de la lluvia, más allá de su música de pájaro,
los truenos secos allende el Pacífico. Poco sé de las arrugas
de mi madre que se embarullan con ausencia,
las cicatrices de mi padre abrazao a sus matas silvestres.

Observo el vaivén de la especulación financiera
en el rugido de tripa de los vecinos
y alacranes amarillos al acecho.

Mis dedos danzan pa' recrear un vértigo de tsunami
y preservar mi habilidad de pelícano pescando placeres
[fugaces.

Mayo ahoga mi sombra con su incendio forestal,
su soledad de flores instantáneas y el cielo ansioso
por saltar en los riscos de la tristeza.

19

Desapareció el recuerdo de la abuela amasando pan,
los perros callejeros echaos en la puerta de la casa
mientras las mariposas trashuman hacia otro monte.

Ya no hay árboles de nanche en el barrio
y los arroyos fueron amaestraos con bardas
de piedra de río. El calor no permite el coito,
tampoco el abrazo, la interminable tendencia
a nostalgia de laguna y parota.

Mi compañera huele a guayaba y sus senos llenos de abeja;
todo hueco pienso en la densidad de sus utopías
y el empeño por sembrar palabras alegres al amanecer.
Mis hijos duermen mientras yo parezco una iguana sin
[roca.

Todo hueco me paro frente al mar y escupo amargura,
las contradicciones de un cuerpo dispuesto a la derrota.

20

Pasan y pesan mi falta de apetito, la oscuridad
con la que despierto en pleno abril
y los restos de una palma como santo y seña
de la frontera que no deben traspasar los sueños.

Pasan perros callejeros en puro hueso y pulga,
como mi cuerpo descalcificao por falta de playa,
el exceso de tabaco y ya no tengo suelo
donde echar flor ni orgasmo. Pasan las palabras
con las que en un parque de cemento
acaricié los veranos de mi compañera
mientras las iguanas coleccionaban crepúsculos.

Pasa en mis huesos el horror de sentirse vivo sin pájaro,
sin árbol, sin un arroyo donde lavar ropa.

Pasa el reloj con su fundamentalismo
y la sombra muy allá, machacándose ilusión
en la trashumancia de coches viejos.

21

No hubo selva que pusiera menos duro el suelo
cuando la tristeza ambiental anegaba mi garganta
y el sol relinchaba en el tanque de agua.

No hubo bordo que no se viniera abajo
en los días de tormenta tropical,
viento incendiando la memoria,
y las chicatanas perdidas bajo postes de luz.

Caí como un tiburón en somnolencia y silencio,
intentando que la derrota no siguiera descalcificando mi
[esperanza.
Hice de las palabras un poco de lumbre
para contarle a mi compañera sobre los desastres naturales
de mi cuerpo pegao al mar.

No hubo perro lamiendo mis frustraciones,
el insomnio por platicar con zopilotes
como si lo hiciera con fantasmas ancestros.

Fui pintao por naranjos secos y aquellas tardes
en que solitario jugaba con las espinas del recuerdo,
sin que hubiera tierra a la vista ni olas de sombra amplia
que limpiaran mi mal de sangre.

Y entonces el brebaje, las plegarias pa' que mi sombra

hallara camino a casa, reparar el techo de cartón
y hacer cobijo en la oscuridad del bocote.

Manifiesto de gente correosa cimenta una poética territorial que piensa la costa desde dentro; el poeta convierte la precariedad, la negritud y la vida colectiva en una forma de conocimiento. Su lenguaje, rico en oralidad e invención verbal, reconfigura el español desde la experiencia costeña sin caer en el folclorismo ni la exotización. El libro confronta las narrativas del turismo y la modernización con la dignidad de quienes sostienen otras formas de habitar el mundo. La comida, el trabajo y el mar se vuelven archivos de identidad y resistencia.

Marlene Zertuche

Tan correoso como la gente que inspira y puebla este poemario lo es su lenguaje y sus diversos, amplios, registros. Geovani es capaz de saltar ágilmente de la cita clásica al tono prosaico de una manera chispeante, juguetona y, no pocas veces, sorprendente. Hay aquí, a raudales, el goce puro del cuerpo, la melancolía por lo perdido y lo que, inexorablemente, se sigue perdiendo. Hay la ternura y el amor; la experiencia directa de ser esta carne que somos y gracias a la cual puede emitirse la palabra, el canto que celebra la pasión (en ambos sentidos del término) de vivir en este trozo de tiempo que nos toca.

Edgar Trevizo

La poesía tiene el deber de renovar el lenguaje, de descubrirnos asombrados por nuestro idioma. *Manifiesto de gente correosa* es una arriesgada apuesta por reimaginar el habla de la costa, de la negritud. El poeta, sin construir un discurso panfletario, más bien sintiente, va clavando en el lector esa angustia, ese vacío tan posmoderno del que habló Lévi-Strauss a mediados del siglo xx: de que el verdadero apocalipsis se encuentra en la destrucción de nuestro planeta.

Roberto Acuña

Universidad Autónoma
del Estado de México

Secretaría de
Identidad y Cultura